

todo, podía muy bien haber dudado de semejante jurisprudencia. Si hubiera vivido en nuestros días y sabido que dos o tres jesuitas habían abusado de sus discípulos, ¿se hubiera creído con derecho para sentar que les permitían esta infamia las Constituciones de Ignacio de Loyola? Séame permitido hablar en este artículo del *amor socrático* que se apoderó del reverendo padre Policarpo, carmelita calzado de la localidad de Gex, que el año 1771 enseñaba religión y latín a una docena de jóvenes casi niños. Era al mismo tiempo su confesor y su maestro, y luego ejerció con ellos voluntariamente *otro empleo*, dedicando todo su tiempo a ocupaciones espirituales y corporales. Cuando se descubrió su tejemaneje huyó a Suiza, país que está muy lejos de Grecia. Esos tejemanejes son bastante comunes entre maestros y discípulos. Los frailes, encargados de educar a la juventud, siempre fueron aficionados a la sodomía, consecuencia necesaria del celibato a que se ven condenados.

Los señorones turcos y persas, según tenemos entendido, eligen enucos para que eduquen a sus hijos. Extraña alternativa para un maestro, ¿ser castrado o sodomita!

Amarse los hombres unos a otros llegó a ser normal en Roma, donde no se atrevieron a castigar esa infamia porque la cometía casi todo el mundo. Augusto, asesino relajado y cobarde, que se atrevió a desterrar a Ovidio, encontraba bien que Virgilio cantase al efebo Alexis y que Horacio escribiera odas en metro menor a Ligurino. El mismo Horacio, que elogiaba a Augusto por haber reformado las costumbres, proponía a éste en una de sus composiciones satíricas que amara indistintamente a un jovencuelo y a una muchacha. Y a pesar de ello, ¡la antigua ley Seantinia, que prohíbe la sodomía, subsistió siempre en Roma! El emperador Filipo la puso en vigor y expulsó de Roma a los mozuelos que se dedicaban a tan infame oficio. Si hubo allí poetas espirituales y licenciosos al mismo tiempo, como Petronio, también hubo profesores tan virtuosos como Quintiliano. Añadiré, para terminar, que no creo que ninguna nación civilizada sea capaz de dictar leyes contrarias a las buenas costumbres.

Voltaire,
Diccionario filosófico, Tomo 1,
México, Editorial Daimón, 1980.

DEL ENAMORARSE “¡DIOS MIO, QUE LOCOS SON ESTOS MORTALES!”

Robert Louis Stevenson

Hay un solo acontecimiento en la vida del hombre que realmente le deje atónito y eche por tierra sus preconcebidas opiniones. Todo lo demás le va ocurriendo, más o menos, como él esperaba. Los hechos se van sucediendo unos a otros con una agradable variedad, es cierto, pero sin nada que sea sorprendente o especialmente intenso: no forman más que una especie de fondo o de acompañamiento, siempre renovado, para las propias reflexiones. Y el hombre llega así, con toda naturalidad, a una fría, curiosa y sonriente constitución mental y se forma un concepto de la vida según el cual espera que el día de mañana ha de estar formado por los mismos moldes de ayer y de hoy. Puede estar acostumbrado a las extravagancias de sus amigos y conocidos bajo la

influencia del amor. Y hasta puede ser que a veces haya sentido una incomprensible ansiedad en la espera de su hora de enamorarse. Pero es un asunto en que ni la intuición ni la conducta de los otros ayudará al filósofo a alcanzar la verdad. No hay probablemente nada ni bien pensado ni bien escrito sobre esta materia que no sea fruto de la experiencia personal. Recuerdo una anécdota de un conocido teorizante francés que estaba discutiendo acaloradamente este tema en su cenáculo. Se le objetó que él nunca había experimentado el amor. Entonces se puso en pie, abandonó la tertulia y se propuso no volver a ella hasta que creyese haber superado el defecto. "Ahora", dijo al entrar de nuevo, "ahora estoy en disposición para continuar el debate". Es posible que, después de todo, tampoco hubiera penetrado muy profundamente en el fondo de la cuestión; pero el cuento indica un acertado modo de pensar y puede servir como de apólogo para los lectores de este ensayo. Cuando, por último, se le cae la venda de los ojos; no es con una sensación de naturaleza muy distante a la angustia con la que el hombre se encuentra a sí mismo en condiciones tan cambiadas. Tiene que habérselas con imperativas emociones en lugar de las fáciles antipatías y preferencias que hasta ahora había encontrado en su vida, y reconoce capacidades para el dolor y el placer de las que hasta entonces no había sospechado la existencia. Enamorarse es la única aventura ilógica, la única cosa que estamos tentados a considerar sobrenatural en nuestro vulgar y razonable mundo. El efecto está fuera de toda proporción con su causa. Dos personas, quizá ninguna de ellas ni muy amable ni muy hermosa, se encuentran, hablan un poquito y se miran otro poquito a los ojos. Esto mismo ha ocurrido ya una docena o más de veces sin especial resultado en la experiencia de ambas; pero ahora todo es diferente. Ahora han caído, de pronto, en ese estado en el que otra persona viene a ser para nosotros la verdadera esencia y el centro de la creación y echa abajo con una sonrisa todas nuestras laboriosas teorías. Un estado en el que todas nuestras ideas están tan ligadas a ese pensamiento dominador que hasta los más triviales cuidados de nuestra persona vienen a ser otros tantos actos de devoción, y hasta el mismo amor a la vida se resuelve en un deseo de permanecer en el mismo mundo que habita tan preciosa y codiciable criatura. Y mientras tanto, las personas que los conocen están asombradísimas y se preguntan unos a otros, casi apasionadamente, qué ha podido ver Fulanita en tal mujer o Menganita en hombre tal. Pues yo, señores míos, no se lo puedo decir a ustedes. Por mi parte, yo no me explico que las mujeres se enamoren. Me lo explicaría si el Apolo de Belvedere resplandeciera de pronto, lleno de vida, y saliera andando de su pedestal con ese endiosado aire suyo. Pero entre esos entes bastardos que se llaman hombres y que charlan en la sobre-mesa de un modo intolerable, no he tropezado nunca ninguno que me haya parecido digno de inspirar amor, ninguno; ni he leído tampoco de ninguno que me pareciera, excepto Leonardo da Vinci y quizá Goethe en su juventud. Respecto a las mujeres, mi opinión es bastante distinta; pero es que tengo la desgracia de ser hombre.

Hay muchos asuntos en los cuales podemos echar al Destino y obligarle a rendirse a nosotros. Capacidad de trabajo, altura de pensamientos, afán aventurero y muchas otras cosas que forman el bagaje espiritual de esta o aquella persona, están al alcance de cualquiera si es osado y sabe esperar. Pero, en cambio, enamorarse no les es dado a todos. Ya sabéis las dificultades en que se vio Shakespeare cuando la reina Isabel le pidió que mostrara a Falstaff enamorado. No creo que Henry Fielding se enamorara nunca. Scott, si no fuera por uno o dos pasajes del Rob Roy, me daría la misma impresión. Y son, sin embargo, grandes hombres y, lo que es más, naturalezas fuertes, sanas, generosas y bien templadas, de las que podía esperarse lo contrario. En cuanto

al ejército innumerable de seres atidados y anémicos que pueblan con tanta corrección la faz de la tierra, es completamente absurdo imaginarlos en un asunto de amor. Una manta mojada puede estar sin peligro al lado del fuego. Y no podemos esperar que un ciego se emocione mucho por lo romántico de un paisaje. Además, mucha gente capaz de amor no llega a encontrarse nunca en el mundo, o si se encuentra, es bajo el signo de alguna estrella desfavorable. Y hay que pasar por el encantador y crítico momento de la declaración. Una buena mitad de posibles casos de amor, por timidez o por falta de oportunidad, nunca llegan a él, y por lo menos una cuarta parte en él terminan. Es verdad que una persona hábil sabe preparar el camino y la salida a su declaración, y hacerla en el momento oportuno. Y hay una clase de hombre, excelente y macizo, que va de calabazas en calabazas, y que, aunque se declare cuarenta veces, continuará haciéndolo imperturbablemente en medio del asombro de hombres y coros angélicos, hasta que obtiene el dulce sí. Yo creo que, en el caso de ser mujer, le gustaría a uno casarse con un hombre que fuera capaz de eso, pero no con uno que lo hubiera hecho. Parece poco digno y rebaja un poquito al hombre; y el matrimonio en que una de las partes se haya visto forzada por esa machacona insistencia a dar su consentimiento, difícilmente ofrecerá temas agradables para la meditación. El amor debería correr al encuentro del amor con los brazos abiertos. En realidad, el ideal es cuando dos personas van enamorándose pasito a pasito, con una temblorosa consciencia, como un par de niños que, de la mano, se aventuraran a avanzar por una oscura habitación. Desde el primer momento en que se ven con un despertar súbito de angustiada curiosidad y a través de los distintos grados de creciente placer y turbación creciente, pueden leer el reflejo de su propia emoción en los ojos del otro. En estos casos no hay declaración propiamente dicha. Está tan a las claras compartido el sentimiento, que tan pronto como el hombre conoce con certeza lo que pasa en su corazón, conoce con la misma seguridad lo que ocurre en el corazón de la mujer.

Este simple accidente de enamorarse es tan conveniente como asombroso. Detiene la acción petrificadora de los años, refuta las frías y cínicas conclusiones y despierta dormidas sensibilidades. Hasta este momento, al hombre le había parecido un buen sistema no pensar que pudiera haber placer alguno fuera de los que estaban a su alcance; y así, volvía la espalda a los risueños encantos de la naturaleza y se acostumbró a gustar únicamente de lo más chato y vulgar. Aceptó un ideal prosaico; cerró los ojos voluntariamente para muchas posibles afinidades, y si era ingenioso y joven, desperdició por propia voluntad esas ventajas. Se aplicó a seguir lo que en la vieja mitología del amor se llamaba bellamente *monchaloir*, y con una curiosa mezcla de sentimientos: una pincelada de propia estimación, una preferencia por la egoísta libertad y una gran porción de ese miedo con el que la buena gente mira las cosas serias, se eligió un reducido campo de actividades, manteniéndose apartado del verdadero fluir de la vida. Y ahora, de súbito, se ha visto derribado, como San Pablo, de la infiel artificialidad de su existencia. su corazón, que durante todo el año último ha estado golpeando con toquecitos precisos e iguales, da un brinco y empieza a latir con violencia e irregularidad dentro de su pecho. Parece como si hasta aquel momento nunca hubiera oído nada, ni sentido nada, ni visto nada. Y por lo que recuerda le parece haber pasado toda su vida anterior como entre despierto y dormido, o con la absorta atención del ensueño. Se siente prácticamente molestado por la generosidad de sus sentimientos, sonríe con frecuencia, a solas, y desarrolla una tendencia a mirar con cierta bobaliconería a la luna y las estrellas. Pero en el campo de un ensayista no entra; en modo alguno, el hacer un bosquejo de esta hiperbólica situación de espíritu; y además, ya se ha hecho, y de modo admirable. En *Adelaide*, en *Maud* de Tennyson y

en algunos de los cantares de Heine encontramos la exacta expresión de este frenético estado. Romeo y Julieta estaban muy enamorados, aunque me dicen que algunos críticos alemanes son de diferente opinión, los mismos probablemente que querrían que tuviéramos a Mercurio por un tipo aburrido. El pobre Marco Antonio estaba enamorado, sin duda alguna. Mario, aquel irreal personaje de *Los Miserables*, es también, a su modo, un caso genuino y digno de observación. Un número considerable de los personajes de George Sand están profundamente enamorados, y lo mismo muchos de los de George Meredith. En total, hay bastante que leer sobre el tema. El joven que tenga en sí mismo la raíz del problema y que posea las cuerdas necesarias que poner en vibración puede, con la llave del arte, entrar en esa tierra de Beulah que está a orillas del Cielo y a la vista de la Ciudad del Amor. Dejémosle estar, mientras incuba deliciosas esperanzas y arriesgadas ilusiones.

Hay una cosa que acompaña a la pasión en su primera llamarada y que es realmente difícil de explicar. Ocurre, yo no sé cómo, que de sentir un supremo placer en todas las actividades de la vida, en echarse a dormir, en despertarse, en moverse, en respirar, en continuar siendo, el enamorado empieza a considerar su dicha como beneficiosa para el resto del planeta y altamente meritoria por parte suya. Nuestra raza no ha podido creer nunca que el ruido de sus guerras, conducidas por unos pocos señores en un rincón de un insignificante planeta, no halle eco, con un efecto formidable, en los recintos celestiales. De modo parecido, cuando la gente se encuentra con un hervidero dentro del pecho, piensa que eso no puede dejar de tener cierta influencia sobre sus vecinos. La presencia de cada uno de los enamorados tiene tanto encanto para el otro, que les parece que había de ser así también para otra persona cualquiera. Se sienten medio inclinados a pesar que es a causa de ellos y de su amor por lo que el cielo es azul y brilla el sol. Y es verdad que el tiempo suele ser hermoso cuando la gente se está cortejando... En realidad, aunque el hombre feliz mira con benevolencia a los demás de su sexo, tiene cierta propensión a mostrarse demasiado "magnífico" en su porte. Si la gente suele volverse presumida y orgullosa por cosas como un ducado, difícilmente podrá alcanzar sin su poquito de pavoneo la más vertiginosa altura en esta vida; y la más vertiginosa altura es amar y ser amado. Como consecuencia, el amante feliz es un poquito desdeñoso en sus relaciones con los demás hombres. Un arrogante sentido de la importancia de nuestros sentimientos y de la capacidad de pasión de nuestra vida no suele conducir a sencillez de maneras. Sus sentimientos hacia las mujeres son muy nobles, muy puros, muy generosos, como si ellas fueran otras tantas Juanas de Arco; pero esto no se transparenta en su conducta, y las tratan con grandes aires de caballerosidad magnánima, tocados con un chispa de fatuidad. Y no estoy muy seguro de que a las mujeres les disguste. Pero realmente, después de haberme quedado atónito con la lectura de *Daniel Deronda*, he renunciado ya a entender qué es lo que les gusta.

Esta superstición, ridícula y sublime, de que el placer de los dos enamorados sea, en cierto modo, beneficioso para los demás, y de que todo el mundo sea más feliz a causa de su felicidad, servirá, ya que no para otra cosa, para mantener el amor generoso y magnánimo. Y después de todo no le falta su poquito de fundamento. Porque otras parejas de amantes están enormemente interesadas y ponen en el fiel la más encantadora balanza entre piedad y aprobación cuando ven a otras personas queriendo imitar la grandeza de sus propios sentimientos. En el teatro, es cosa sabida que mientras el galán y la dama se están diciendo amores, en la terraza se entable un rudo cortejo y una especie de amor ligero y trivial brota también entre el lacayo y la criada. Como todos, en nuestras propias fantasías, nos asignamos los primeros papeles, el lector puede

aplicar el paralelo a la vida real sin gran temor de equivocarse. En una palabra: están absolutamente seguros de que ese otro enamoramiento no es tan profundo como el suyo propio, pero les gusta ver cómo va adelante. Y el Amor, tomado como espectáculo, debe tener atractivos para muchos que no son de la cofradía. La solterona sentimental es un lugar común de los novelistas; y tiene que ser realmente una triste muestra de la humanidad aquel que pueda mirar sin indulgencia y simpatía esta maravillosa locura. Porque la naturaleza sabe insinuarse entre las gentes con gran arte: la persona más atareada se detiene una vez y otra para admirar una hermosa puesta de sol; y por muy pacíficos y fríos que queramos ser, no podremos evitar cierta emoción cuando leemos de reñidas batallas o nos cruzamos en la callejuela con una pareja amorosa.

Sea o no cierta esta idea de lo beneficioso de la dicha en relación con el mundo en general, es desde luego verdadera en relación a los propios enamorados. Hacer el bien y comunicarlo es la gran intención del amante. Es la dicha del otro lo que constituye su dicha mayor. No es posible desenmarañar las distintas emociones, el orgullo, la humildad, la piedad, la pasión, que una mirada de amor o una caricia inesperada puede remover. El tratar de parecer lo más hermoso posible, cepillarse el pelo, sobresalir en el arte de la conversación, hacer, en una palabra, todo lo que pueda contribuir a poner de relieve nuestro carácter y nuestras dotes personales y presentarlos como más atractivos a los ojos de los demás no tiene como fin únicamente el propio lucimiento, sino que constituye, a la par, un delicado homenaje. Y es con esta última intención con la que lo hacen los enamorados; porque la esencia del amor es la amabilidad, que podíamos definir mejor llamándola amabilidad apasionada: una amabilidad como si dijéramos que se ha vuelto loca y se ha hecho machacona y violenta. La vanidad, en sentido meramente personal, ya no existe. El amante desarrolla una peligrosa complacencia en hacer patentes sus puntos débiles y en que, uno tras otro, sean aceptados y perdonados. Quiere asegurarse de que es amado, no por esta o la otra buena cualidad, sino por sí mismo, o por algo tan parecido a sí mismo como es capaz de presentar. Porque, aunque debe haber sido muy difícil pintar las Bodas de Caná o escribir el cuarto acto de Marco Antonio y Cleopatra, es una obra de arte mucho más complicada todavía la que tiene que ejecutar aquel que pretenda hacer ver a los demás su propio carácter. Los hechos y las palabras, al quererlos interpretar, suelen ser fácilmente retorcidos y desviados de su significado verdadero. Y ellos son el lenguaje de que disponemos. ¡Lastimoso uso el que hacemos de él, por regla general! Para mal o para bien, la gente equivoca nuestra intención y no valora en lo justo nuestras emociones. Generalmente nos quedamos tan tranquilos con estos fracasos nuestros y no nos importa ser incomprendidos por una novia insustancial; pero una vez que el hombre está enloquecido por el amor, hace cuestión de honor el despejar tales equívocos. No puede sufrir que la Mejor de las Mujeres se engañe en un punto de tanta importancia; y su orgullo se revuelve al pensar que pueda ser amado por equivocación.

Al amante le repugna recordar periodos anteriores de su vida. Todo lo que no ha sido compartido con Ella, derechos y deberes, pasadas venturas, inclinaciones pasadas, si logra recordarlo, es a costa de un difícil y doloroso esfuerzo de la voluntad. Haber podido desperdiciar unos años en el desconocimiento de la única cosa de verdadera importancia, haber podido pensar en otras mujeres con alguna muestra de agrado, es una carga casi excesivamente pesada para su propia estimación. Pero es, sobre todo, el pensar en otro pasado lo que encona su alma como una herida emponzoñada. Que él mismo tuviera la costumbre de gozar de la vida en aquellos días

vacíos y miserables que precedieron a un cierto encuentro es ya, en buena conciencia bastante de lamentar. Pero que Ella se haya podido permitir las mismas libertades, parece que está en contradicción con las leyes divinas.

Muchas personas denigran los celos diciendo que son un sentimiento artificial y molesto en la práctica. Eso no es enteramente justo. Porque el otro sentimiento, el amor, al que no hace más que acompañar como un cortesano malhumorado, es también artificial precisamente en el mismo sentido y en grado idéntico. Yo supongo que lo que quieren decir con esa objeción es que los celos no han sido siempre rasgo característico del hombre; que no formaban parte del pequeño bagaje de sentimientos con el que se cree que empezó a vivir en el mundo, sino que esperó, para hacer su aparición, a días mejores y entre más ricas naturalezas. Pero esto es igualmente cierto del amor, de la amistad, del patriotismo, del deleitarse en lo que llaman los encantos de la naturaleza y de la mayor parte de las cosas que valen la pena. El amor, en especial, no soportaría un escrutinio histórico. Para todos los que se han cruzado con él es uno de los más incontestables hechos del mundo; pero si nos ponemos a preguntar lo que fue en otras épocas y otros países, en Grecia, por ejemplo, empiezan a brotar las más extrañas dudas y todo aparece tan vago y cambiante, que, en comparación, un sueño resulta una cosa lógica. De cualquier modo, los celos son una consecuencia del amor; pueden gustarnos o no, como queramos, pero ahí están.

Sin embargo, no son celos exactamente lo que sentimos al reflexionar en el pasado de los que amamos. Un atadido de viejas cartas, encontrado después de años de unión feliz, no crea sentido alguno de inseguridad en el presente. Y, sin embargo, puede mortificar, y mucho. Ninguna duda vulgar se interpone entre los dos amantes; pero esta pre-existencia de ambos se les representa como una cosa poco delicada. Para que todo estuviera enteramente bien, deberían haber tenido nacimientos gemelos, en el preciso instante en que nació en ellos el sentimiento que los une. Entonces sí que sería sencillo y perfecto, y sin reservas mentales. Entonces sí que se comprenderían mutuamente con una plenitud de otro modo imposible. No habría entre ellos barrera alguna de asociaciones que no pudieran ser compartidas. No se verían llevados a ninguna de esas comparaciones que agolpan la sangre en el corazón. Y sabrían que no había tiempo perdido, que habían estado juntos lo más posible. Porque, además del terror por la inevitable separación que ha de llegar, en el futuro, un día u otro, los hombres sienten rabia y algo así como remordimiento cuando piensan en esa otra separación que duró hasta que se encontraron. Alguien ha dicho que el Amor hace creer en la inmortalidad, porque parece que no hay lugar bastante en esta vida para tan gran ternura y es inconcebible que la más poderosa de nuestras emociones no haya de disponer más que de los escatimados momentos de unos pocos años. Extraño, realmente. Pero si pensamos en cosas análogas, ya no lo tendremos por imposible.

El ciego niño del arco y el carcaj que nos sonríe desde el fondo de las terrazas en viejos jardines holandeses, arroja, riendo, sus saetas sobre cada transitoria generación. Pero por más prisa que se dé en disparar, la caza se esfuma y desaparece en la eternidad bajo el caer de sus flechas. Este partió antes de ser herido; aquél tuvo tiempo apenas de hacer un gesto y de lanzar un grito apasionado; y todo es cosa de un instante. Cuando la generación ha pasado, cuando ha terminado la comedia y el panorama de treinta años ha sido retirado, hecho andrajos, del escenario del mundo, podemos preguntar qué se ha hecho de esos grandes, poderosos, inmortales amores, y de los amantes que despreciaban la muerte con una hermosa credulidad. Y sólo pueden mostrarnos unas pocas canciones de un gusto añejo, unos pocos hechos dignos de ser recordados y unos

pocos descendientes que conservan algún sello feliz del temperamento de sus padres.

Stevenson, Louis Robert,
Virginivus poerisque,
México, Premia editora 1980.

AMOR LOCO

André Breton

Querida Ecusette de Noireuil:

En la hermosa primavera de 1952 cumplirás dieciséis años y tal vez te sentirás tentada de hojear este libro, del que me gusta pensar que eufónicamente el título te será traído por el viento que inclina los espinos blancos... Todos los sueños, todas las esperanzas, todas las ilusiones bailarán, espero, día y noche, a la luz de tu cabellera, y yo sin duda ya no estaré allí, yo que sólo desearía estar para verte. Los caballeros misteriosos y espléndidos pasarán raudos, en la hora del crepúsculo, a lo largo de los cambiantes riachuelos. Bajo ligeros velos verdes de agua, con un peso de sonámbula, una doncella se deslizará bajo las altas bóvedas, donde parpadeará una sola lámpara votiva. Pero los espíritus de los juncos, pero los gatos minúsculos que fingen dormir en las sortijas, pero el elegante revólver de juguete perforado por la palabra "Baile" evitarán que tomes estas escenas por el lado trágico. Sea cual fuere la parte nunca bastante hermosa, u otra cualquiera, que te sea dada, no pudo saberlo, te agradecerá vivir, esperarlo todo del amor. Ocurra lo que ocurra hasta que puedas leer esta carta — parece que lo que debe ocurrir es lo imprevisible—, déjame pensar que tú entonces estarás dispuesta a encarnar esta potencia eterna de la mujer, la única ante la cual me he inclinado. Que tú acabes de cerrar un pupitre sobre un mundo de fantasía color azul cuervo, o que te destaqués, con la excepción de un ramillete que llevas en el talle, como una silueta solar en el muro de una fábrica — me hallo lejos de esta seguro acerca de tu porvenir—, déjame creer que estas palabras: "El amor loco" serán las únicas que tendrán relación con tu vértigo.

Estas palabras no cumplirán su promesa porque sólo te esclarecerán el misterio de tu nacimiento. Hace mucho tiempo pensé que la peor locura era dar la vida. En todo caso, estaba resentido contra los que me la habían dado. Es posible que tú me detestes ciertos días. Por esto he escogido contemplarte a los dieciséis años, edad en que no puedes detestarme. ¿Contemplarte, he dicho? ¡Oh, no! Sólo tratar de ver con tus ojos, de mirarme con tus ojos.

Niña mía que sólo tienes ocho meses, que sonríes siempre, que estás hecha a la vez como el coral y la perla, entonces sabrás que todo azar ha sido rigurosamente excluido de tu llegada, que ésta ha ocurrido a la misma hora en que debía ocurrir, ni más tarde ni más temprano, y que ninguna sombra te esperaba encima de tu cuna de mimbre. Hasta la gran miseria que era y es la mía, se calmaba durante algunos días. Por otra parte, no estaba enojado contra esta miseria: aceptaba tener que pagar el rescate de mi